

LA ENCARNACIÓN Adviento 2002

Se hizo hombre

Es el año de la Encarnación. Año Jubilar. Nos preparamos, en Adviento, para celebrar el Nacimiento del Señor, también en el Año Santo. Estamos agotándolo. Nunca será suficiente nuestra contemplación de este misterio inabarcable. Ni será ligeramente adecuada nuestra acción de gracias ni nuestra admiración por la venida del Señor.

Son acontecimientos que hay que revivir, rememorar despacio, a paso lento, para que se impregne el hombre entero. Profesamos verdades que rompen cualquier expectativa y necesitan una asimilación consciente.

Empiezo por proponeros que juntos y con sentido profesemos la fe. *“Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor, que por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del cielo y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen y se hizo hombre.”*

La teología, desde el comienzo, ha escrito páginas y más páginas, extraordinarias y cortas a la vez, sobre la Encarnación y el Nacimiento del Señor. Estos acontecimientos, además, han inspirado a pintores, a escritores, a poetas y músicos. Son villancicos y son poemas sinfónicos. Quiero decir que, al estar a punto de cerrar el Año Jubilar, este grupo de sacerdotes remansamos el paso, nos sentimos llamados a acoger una vez más con estremecimiento el misterio revelado y entregado. Así es *“justo y necesario, así nos salvamos”*.

Y he pronunciado esta palabra que entra de lleno en la Encarnación y en el Nacimiento de Jesús. Los dos misterios acontecen *“por nuestra salvación”*.

Hemos de aplicarlo serenamente a nuestra vida de presbíteros. Hemos pasado una temporada oscura. Sin duda, es señal de algo. La situación dolorosa la hemos agravado y aumentado con comentarios, muchas veces, superficiales, con exageración de datos, con sospechas hirientes, con huidas de responsabilidad. Y, también, he de decirlo, con actitudes de respeto, de interés, de dolor, de solidaridad, de compromiso de fidelidad, de afirmación en el seguimiento del Señor y de expresión de la alegría de ser sacerdote.

Releyendo las páginas de la Historia de la Salvación, las pruebas del pueblo, el desmantelamiento de sus seguridades, la ruptura de falsas esperanzas, el dolor de descubrir la verdad genuina de su vida era preludeo de una aurora clara. Es como una ley bíblica que Dios necesita el vacío para llenarlo, o que el pueblo se reconozca enfermo para curarlo y necesita la debilidad asumida para fortalecerla, o la pobreza para enriquecerla.

La salvación viene desde la Encarnación y por el Nacimiento de Jesús, que aconteció a las afueras y entre los pobres, en lugares imprevistos. No son metáforas. Son caminos seguros. Más, son caminos únicos. Job, vio a Dios cara a cara, cuando a trozos se le caía la carne. Lo anterior era conocerlo de oídas (cfr Job 42,5). La solución no está tanto en nuestros razonamientos y discursos, sino en dejarnos salvar. *“Unos confían en sus caballos, otros en sus carros; nosotros invocamos el Nombre del*

Señor nuestro; aquellos se encorvaron y cayeron; nosotros nos mantenemos en pie” (cfr Sal 20, 8-9).

La salvación viene no viene de los montes; viene del Señor, el guardián, que no duerme. Hace bien releer y rezar despacio el Salmo 121.

Os propongo, pues, una nueva y sosegada contemplación de la Encarnación y del Nacimiento de Jesús, como queriendo apurar el torrente de verdad, de libertad, de amor y de vida que nos viene por este camino. Porque es la senda que recorre nuestra salvación. Y, siguiendo el artículo de nuestro Credo, presento dos cuadros.

1º.- La salvación viene por la humanidad de Jesús. Su proyecto es restaurar al hombre. Sólo siendo hombres nos salvaremos.

2º.- Pero no es un acto prometeico el ser sacerdote. Es gracia. Es “por obra y gracia del Espíritu Santo”.

1º.- Se hizo hombre

1.1 Al principio, en una imagen sugerente de la Biblia, Dios es presentado con las manos manchadas de arcilla. Con mimo iba modelando al hombre. El proyecto era retratarse en el hombre, porque iba a ser su imagen. El hombre, tangible y frágil, -barro en el que Dios sopló-, es lo más parecido a Dios. Al principio Dios hizo al hombre.

Cuando llegó la plenitud de los tiempos, *Él se hizo hombre*. Dios se hizo su “imagen”. Se llama Jesús. Es nuevo Adán. No fue a la orilla de un río, sino en el seno cálido de una Virgen generosa, y el soplo fue nada menos que el Espíritu Santo. *¡El Verbo se hizo hombre!*

Desde Jesús, la “imagen” de Dios, el hombre, se ha revalorizado. Ya no vale la imagen rota, deteriorada o envejecida. Estos son adjetivos del Nuevo Testamento.

Me impresiona esta visión positiva del hombre, que Dios manifiesta. Por nosotros, los hombres, desplegó una portentosa historia de entrega, de sufrimiento, de despojo total, de amor hasta superar todos los bordes. Más allá de lo imaginado o audible. No lo hizo de lejos, desde la periferia, sino desde bien cerca. *“Se acercó a nosotros y caminó a nuestro lado”*. Experto en humanidad, lo llama la carta a los Hebreos (Heb 2, 10-18; 4, 15-16).

¡Qué grande es ser hombre! Me quedo siempre corto en la valoración de lo humano. La más luminosa antropología la ha escrito Jesucristo a cincel. El autor es Dios. En la carta a Tito se cita la filantropía de Dios.

Goza uno leyendo las páginas del Concilio, que hablan del hombre-hombre. Están, sobre todo, en la *Gaudium et Spes. El Catecismo de la Iglesia Católica*, en la tercera parte, *“La vida en Cristo”*, la inicia con una sección para hablar de la “vocación del hombre”, y en los primeros números hay trece citas conciliares, exclusivamente de la *Gaudium et Spes*. Releyendo despacio estos párrafos se entra fácilmente en oración. Y surge con espontaneidad: *“¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él?”* (Salmo 8 y Salmo 144,3).

Porque en el hombre hay un germen divino (nos. 3 y 18), su principio es Dios (nº 13), cada hombre es imagen de Dios (nos. 12.24.29.34.41.68). Es la única criatura

a la que Dios ama por sí misma (nº 24). Y afirma el Concilio, al comienzo de esta Constitución: “El hombre será el eje de nuestra reflexión” (nº 3).

Amigos sacerdotes: cuando pienso en buscar salidas para cualquier situación de crisis, si hoy fiel al mensaje y al discurso de la Encarnación, un camino necesario – no sé si decir el primero- es ser hombre. El hombre del paraíso, o mejor el hombre nuevo, que renace en el bautismo. Nos salvamos, si somos estos hombres. Una quiebra de humanidad está al comienzo de la infidelidad y en el camino resbaladizo del desequilibrio.

Os recuerdo un número de “*Optatam totius*”. Es el nº 11. Se está hablando de la formación espiritual, y se precisa también esa formación en una madurez humana, que se demuestra en la estabilidad psicológica, en la capacidad de tomar decisiones ponderadas, en el modo recto de enjuiciar los acontecimientos y a las personas. Se insiste en la fortaleza de ánimo, en la sinceridad de espíritu, en la fidelidad en guardar los compromisos, en la preocupación constante por la justicia, en la buena educación en el actuar, en la discreción en el hablar. El dominio de sí mismo, el uso sabio de la libertad. En este elenco aparece el hombre, lo verdaderamente humano. Son datos que patentizan la caridad, y, entre nosotros, la caridad pastoral.

Hemos de ser conscientes de que, como le ocurría al Señor, lo primero que en nosotros ven es *al hombre*. A los filipenses les encarga S. Pablo que tengan muy en cuenta “lo verdadero, lo noble, lo justo, lo amable y loable” (Flp 4,8). Y repetirá con insistencia: “*Y con alegría*”. Con la alegría de ser sacerdotes.

Contemplamos la Encarnación. El camino y el problema serio es ser hombres. El *docetismo* fue condenado. “*Verdadero hombre*”, confesamos de Jesús. Hombre entero. “*Vir baptizatus*”, dice el canon 1024 cuando se refiere al sacerdote. No temo en decir que el fallo se inicia hasta consumarse, cuando se quiebra el hombre.

1.2 Porque decir “hombre” es afirmar, al mismo tiempo y necesariamente, debilidad, vulnerabilidad, es confesar que es “carne”.

A lo largo de la Historia Sagrada han acechado al hombre tentaciones permanentes. Es grande ser hombre. Por eso el mismo hombre padece la seducción de su valor y la apropiación de su ser. Me concreto a dos obstáculos para ser hombres.

* *La mentira* es una constante tentación. San Pablo habla de que hay disfraces de luz (2Cor 11,14). Él se refiere al ángel malo que se disfraza de luz. Hemos de ser conscientes de que la trampa nos acecha. Muchos salmistas notaban que sus pies pisaban trampas y lazos.

A nadie nos agrada que os digan que somos mentirosos. Y tampoco el confesarlo nosotros. Lo escribo con miedo de herir y con dolor de siquiera imaginar que exista la mentira, entre nosotros. Hace falta hombría para poner nombre a las cosas.

El Señor nos dé también sabiduría. Porque, amigos sacerdotes, no es siempre celo lo que llamamos celo. No nos atrevemos a pronunciarlo, pero para algunos de nosotros lo que mueve de verdad es el brillo del dinero. En la Asamblea Sacerdotal, recogiendo respuestas de los Arciprestazgos, se habla de una “conducta económica reactiva”. Y se describe con pormenores que conviene recordar (Folleto n.2, pg 32). Además no somos siempre capaces de confesar las intenciones más profundas.

Nuestra misma libertad, afirmada, más de una vez es escudo de comodidad, de egoísmo.

No sé si seguir por este camino. Lo dejo a vuestra reflexión. Pero, para mí y para vosotros, tengo que mina seriamente nuestra humanidad la mentira y la falsedad, la doblez, el engaño personal o pretendido.

Jesucristo es el “Amén de Dios” (cfr 2Cor 1, 18-21). Nuestra verdad se llama fidelidad, servicio, abnegación, compañerismo, disponibilidad, amor. Nuestra “verdad” se llama Jesucristo. Y sólo el hombre verdadero es verdaderamente libre (cfr Jn 8,32). Y doy gracias a Dios, porque entre nosotros abunda la verdad.

* *La envidia* es otra tentación. El capítulo segundo del libro de la Sabiduría describe poéticamente, con un realismo estremecedor el razonamiento y los planteamientos del hombre impío. “Atropelemos al justo; acechemos al justo que nos resulta incómodo”. “Así discurren y se engañan”. Porque “Dios creó al hombre para la inmortalidad y lo hizo imagen de su propio ser; pero la muerte entró en el mundo por la envidia del diablo y los de su partido pasarán por ella” (Sab 2, 24).

El que es “mentiroso y padre de la mentira” (Jn 8,44; cfr Ef 6,11) emponzoñó, además, la vida del hombre con la envidia.

Como decía de la mentira, lo expreso ahora de la envidia. Me cuesta hasta escribirlo. Pero es un poderoso elemento distorsionador de lo humano, de la nobleza del ser humano. No es infrecuente hacer de esta cita de la Sabiduría un eco del Génesis 3 cuando intervino la serpiente. La envidia envició las raíces del ser humano.

La primera sangre, sangre de hermano, brutalmente arrancada y derramada sobre la tierra, fue fruto necrosado de la envidia (cfr Gen 4). Y Cristo fue entregado a Pilato por envidia (cfr Mt 27,18; Mc 15,10). La envidia engrosa una larga lista de mártires, a veces silenciosos y sin derramar sangre. Hace sufrir la envidia.

Una palabra, que se repite junto a la envidia, es *la discordia* (cfr 1Cor 3,3; 2Cor 12,20; Gal 5,20). En el lado opuesto, la concordia es una actitud nacida del Espíritu, fuertemente estimado en la primera comunidad y señal que distinguía a los creyentes. Era tener el mismo sentir (Rom 12,6; 15,5; 2cor 13,11; Hch 1,14; 2,46).

Con estas sencillas referencias quiero expresar que la envidia es inhumana, por naturaleza. Inhumana y de muchas caretas, porque no le apetece dar la cara. En demasiadas ocasiones la concordia de un presbítero se rompe por la envidia. Y es que la envidia apunta al corazón. Y también tiene por objetivo el desconcierto (cfr Sant 3,16).

Las caretas de la envidia es la sospecha sugerida, la preterición, la palabra acerada, el juicio emitido o pensado, el comentario turbio o claro. Todo esto es inhumano. Nace del hombre, pero es inhumano.

Entre nosotros presbíteros tiene nombres. Como el celo es característica meta del buen pastor, los celos matan la convivencia y la alegría espontánea y generosa del compañero, que es querido y apreciado por otros, por la comunidad a la que sirve.

Aprendimos en el catecismo que el antídoto de la envidia es la caridad. Es cierto. “La caridad no es envidiosa” (1Cor 13,4). La caridad pastoral no es envidiosa y se goza del bien del hermano sacerdote. Y sufre, con dolor sincero, por el fracaso del compañero, por su situación titubeante.

* Hagamos oración. Recuerdo esas palabras tan humanas de Jesús: Acercaos los que sufrís el cansancio y el agobio, decía Él. Os ofrezco mi hombro. Más. Os hablo de tener un corazón humano, porque es sencillo, sin doblez ni mentira, porque es humilde y acogedor (cfr Mt 11,28-29). Con la formación, con la disciplina, mirando a Cristo, aprendemos a ser hombres (GetS 41).

Es una invitación muy seria a ser humanos, con la nobleza de esta palabra. Es acercarnos a la humanidad de Jesús, que tan poderosamente atraía a Santa Teresa. Es acoger la Encarnación. Jesucristo fue humano. Un elogio limpio del sacerdote es decir de él que tiene una clara humanidad. Que quien se acerque a nosotros se encuentre con un hombre.

2.- Por obra del Espíritu Santo

Jesús se encarnó en el seno de María por “obra del Espíritu Santo”. El hombre nuevo, Jesucristo, vive por el sople del Espíritu. Y esto acontece siempre así, también en nosotros.

Escribe S. Pablo a Tito y le recuerda nuestra antigua condición. “Éramos necios, le dice. Desobedientes, extraviados, envidiosos, nos odiábamos mutuamente. Eso era antes. Pero, ahora, que ha aparecido la bondad de Dios y su amor al hombre, no por nuestros méritos, sino por sola su misericordia, Dios nos salvó con el baño del nuevo nacimiento y con la renovación por el Espíritu, que se nos infundió con abundancia, por medio de Jesucristo, nuestro Salvador” (cfr Tit 3, 3-6).

Lo decía el catecismo. Soy cristiano, soy un hombre nuevo, “por la gracia de Dios”. Ser cristiano es una suerte. Un lote hermoso me ha tocado (cfr Sal 16, 5-6).

Y soy sacerdote “por la gracia de Dios”. “Por la gracia de Dios soy lo que soy, y la gracia de Dios no ha sido estéril en mí. He trabajado, pero no yo, sino la gracia de Dios que está conmigo” (1Cor 15,10). Soy sacerdote por la imposición de manos y la oración de la Iglesia. Algo que debo recordar y reavivar como un ascua ardiente (2Tim 1,6; 1Tim 4,14).

¡Qué capítulo más importante e insustituible ocupa la gracia de Dios en la Historia de la Salvación, en el ser de cada creyente, de cada sacerdote!

María era “llena-de-gracia” (Lc 1,28). Y Esteban, el primer mártir (Hch 14,3.16). Pablo y Bernabé se embarcaron encomendados a la gracia de Dios (Hch 14,3.26). Y la fuerza impresionante de la gracia, que arruinó el reino del pecado, la describe S. Pablo en el luminoso capítulo 5 de la carta a los Romanos. Por eso el mejor deseo, el deseo más veces repetido en los escritos del Nuevo Testamento, es la “gracia de Dios”. “La gracia del Señor Jesús sea con todos”. Así se cierra la Palabra escrita (Ap 22,21).

Hacemos oración. Hacemos silencio para escuchar detenidamente: “Soy presbítero por la gracia de Dios”. Todo sacerdote es elegido. No puedo aducir mérito alguno. Nadie se arroga este servicio, si no es llamado por Dios (cfr Heb 5, 1-5). Lo que el Señor manifestó a los Apóstoles es válido para cada uno de nosotros. “No fuisteis vosotros quienes llevasteis la iniciativa; fui Yo quien os elegí” (Jn 15,16).

¿En qué situación nos deja esta afirmación absoluta de Jesús? Si acertamos no sólo a conocerla, sino a vivirla y a expresarla, descuidarla y no activarla nos coloca en pendiente resbaladiza, en una pérdida de equilibrio, en una seca infecundidad.

Al acercarme a las palabras de Jesús, que por otra parte recogen una trayectoria bíblica y que, si Dios es Dios, no puede ser de otro modo, gracias a Dios descubro estos cinco aspectos, que cada uno podrá completar:

1.- - Tenemos prohibido *el prometeísmo*. Leí esta idea en un artículo. Nadie es Prometeo. Y, sin embargo, pasamos por la tentación y el sufrimiento insufrible de Prometeo. Una señal: la agenda a reventar, el reloj apurado y jadeante. Nos falta la respiración sosegada y serena. Días sin descanso. Noches cortas. Improvisaciones amontonadas. Lo vimos en la Asamblea Sacerdotal, como una situación negativa.

Está también la trampa de sentirnos imprescindibles, a veces incluso sin apretar la agenda. Nos podemos convertir en “cuellos de botella”, estranguladores de iniciativas, de apoyos, de espontaneidad genuina. Hemos de decirnos que no somos “salvadores” de nadie. Otra tentación: acaparar actividades sin hacer discernimiento previo.

Como solución, me vienen a la memoria reflexiones, oraciones y textos, que iluminan lo equivocado de Prometeo:

- “Racionalizar nuestro trabajo”, como dijimos en Asamblea. Hacer vivo un arciprestazgo interactivo, porque es “unidad básica pastoral”. Es básico aceptarlo y realizarlo de ese modo. Es pedir ayuda a las barcas vecinas. Es erio el arciprestazgo y mutila desalientos y agobios.

- Otro remedio: Dar más cabida a los laicos. Hemos de convencernos. Lo que puede hacer un laico, por ejemplo, dar clases, deberíamos dejarlo en sus manos, cuando esa actividad nos roba tiempo o serenidad y calidad de vida para acciones exclusivas del presbítero. Tenemos pendiente promocionar los laicos, dedicarnos más a ello.

- Como incorporar a religiosas o religiosos preparados, a miembros de Institutos Seculares.

- Nos queda, sobre todo, el recuerdo de la Palabra de Dios. Si el Señor no construye la casa, es vano el cansancio del albañil, subido al andamio (Sal 127,1). No son los carros ni los caballos (Sal 20, 8-9). El que no recoge conmigo desparrama su vida (Lc 11,23). Sin Mí no podéis hacer nada (Jn 15,5). Ningún nombre salva, si no es el Nombre de Jesús, y lo afirma S. Pedro que acaba de poner en pie a un tullido junto a la puerta Hermosa. “Que conste a todos vosotros y a todo el pueblo de Israel, que ha sido en Nombre de Jesucristo Nazareno” (Hch 3 y 4).

Nos hace daño el “prometeísmo”. Lo denunció también la Asamblea Sacerdotal.

2.- - Si somos sacerdotes por la gracia de Dios, hablando en positivo, una actitud permanente y diaria, de ningún modo rutinaria es la “*acción de gracias*”. Dar gracias a diario por la ordenación, por el ministerio, por ser sacerdote. “Dad gracias al Señor”, repiten muchos salmos.

Dar gracias fue actitud de Jesús mismo (Mt 11,25; 15,36; 26,27; Jn 11,41). María engrandece a Dios (Lc 1,46). En boca de Pablo es oración frecuente; son

incontables las citas. Dice que da gracias a Dios sin cesar (1Cor 1,4; Col 1,3; Ef 5,20; 1Tes 1,2; 2,13), Da gracias cantando (Flp 4,6). Da gracias a Dios, porque nos da la victoria por Nuestro Señor Jesucristo (1Cor 15,57).

Amigo sacerdote, hermano: “¿Qué tienes que no hayas recibido? Que nadie se hinche de orgullo, porque ¿por qué te glorías, como si no lo hubieras recibido?” (cfr 1Cor 4,7). Al palpar nuestra condición en la Iglesia, no es el orgullo necio la respuesta, sino la acción de gracias. “¿Cómo se dice?”

Es difícil ejercer el ministerio, imposible, sin esta actitud poderosamente lubricante. ¿Cuánto tiempo hace que no me he parado a dar gracias detenidamente, recordando pormenores de mi vocación, por ser hoy sacerdote? ¿Llego a dar gracias porque, a veces, me cuesta ser sacerdote?

3.- - Si somos sacerdotes por la gracia de Dios, otra actitud espontánea y coherente es la *fidelidad*. “Permaneced” llega a decir 7 ó 10 veces Jesús en el discurso de la vid y los sarmientos (Jn 15, 1-10). Porque Él se mantuvo en fidelidad al amor del Padre (cfr Ap 1,5). Si nos pide fidelidad ante el desprecio y el odio del mundo, nos dirá que Él fue delante y que recordemos que un siervo no es más que su amo (Jn 15, 18-20).

Nos desorienta la contradicción, la prueba, la injusticia, la cruz. Nos imaginamos, a veces, un sacerdocio sin riesgo y sin dolor. La crítica nos enerva.

Pero la realidad coherente es ésta: Si soy sacerdote por la gracia de Dios, y porque Él me eligió, lo lógico es que no dejaré el ministerio, si no me consta, con certeza razonable y humana, que El que me llamó me diga: “Ya no te quiero sacerdote. Deja el ministerio”. Pero la orden debe darla El. Porque no soy sacerdote porque yo, primeramente, quise, sino porque Él quiso, Él me quiso. Es una reacción, que nace de la lógica de la vocación.

Nos hace bien, además, mirar a S. Pablo y escuchar su testimonio. Presiente S. Pablo que es inminente su “partida”. Escribe a Timoteo su testamento. Presenta su vida en términos guerreros, como una noble pelea (2Tim 4,6). Le dirá en la misma carta que comparta las penalidades como buen soldado de Cristo (2Tim 2,3). Y en el mismo capítulo a él y a todos nosotros nos da una horma: “Acuérdate de Jesucristo, resucitado de entre los muertos” (2Tim 2,8). Si morimos con Él reinaremos con Él; si aguantamos, reinaremos con Él; y aunque seamos infieles, Él se mantiene fiel. “Pues el Espíritu que Dios nos dio no es de cobardía, sino de fuerza, amor y templanza” (2tim 1,7; cfr Heb 10,39).

Para la fidelidad a prueba, S. Pablo nos da un espléndido testimonio en el capítulo 11 y 12 de la segunda carta a los Corintios. Termina con esta convicción liberadora: “Te basta mi gracia”, dijo Jesús. Y S. Pablo está contento en la persecución y en la angustia. Es fuerte, cuando siente la debilidad en su carne. Tal vez estamos en una situación de privilegio, porque somos un grupo “pobre”, como irrelevante en la sociedad; no da prestigio ser sacerdote. Pero es bueno.

Porque la fidelidad no es mero voluntarismo, sino que el Espíritu la garantiza. Además, la fidelidad adquiere fuerza y coraje, cuando los ojos se fijan en Cristo, que sufrió la cruz (Heb 12,2).

4.- En cuarto lugar, si somos sacerdotes por la gracia de Dios, nuestra actitud correcta es el *servicio*, la obediencia sincera a Él y al Espíritu. El impresionante servicio a *la palabra*, hasta quedarnos roncós, a tiempo y a destiempo; la palabra que

nos salva y salva; la palabra entera y no adulterada; la palabra proclamada con emoción honda, convencida, humilde y con coraje.

El servicio a la *misión*, para no enredarnos en discusiones domésticas, en disputas de puestos, cuando crece absolutamente la increencia, o el mal dañino de la indiferencia, tan abundante y pernicioso, o el clima de lo fácil y lo cómodo, y lo leight. Curas para servir a la misión.

Y para servir a *la comunión*. No es propio del corazón y de la boca de un sacerdote separar, crear sospechas, azucar disensiones, correr comentarios.

Estos son nuestros grandes servicio. Impresionante, como decía. Audaces, prioritarios, necesarios.

Ni es la actitud de dueños. Porque no es nuestro el rebaño. “Apacienta *mis* ovejas”. Nunca ha renunciado Jesús a su señorío, ni puede hacerlo. “No somos dominadores”, dice S. Pedro (1Pe 5,3), sino ejemplo.

Por eso, también para nosotros vale la norma de que no podemos servir a dos señores, por ejemplo a Dios y al dinero. A veces oigo que alguno de nosotros se mueve, porque oye el sonido falaz del dinero. Nos hace daño, nos priva de libertad, anquilosa la movilidad, aleja del servicio, mercantiliza la gracia. Es terrible moverse por dinero. Antes lo insinué.

En páginas anteriores recordé la Asamblea. Venían voces dolidas de los Arciprestazgos. Se ponía el ejemplo de unas clases, que no se dejan por ventajas económicas o por la jubilación que propicia, o se valora la parroquia por el sobresueldo que genera. Como os cité, se le denominaba “reactividad económica” (cfr Folleto 2, pg 32).

Así lo expresamos nosotros con términos más actuales. Pero desde antiguo viene el dolor de S. Agustín, porque hay pastores, que se apacientan a sí mismos. Y pedía S. Policarpo a los Filipenses, que vivan alejados del amor al dinero (cfr Homilía, martes y miércoles, semana XXVI).

No somos servidores del dinero ni de otros ídolos, ni halagadores serviles. Nuestra preciosa dignidad, como María, es ser sencillamente servidores. “Siervo de Jesucristo”, se llamaba S. Pedro y S. Pablo y todos los Apóstoles. ¡Qué hermosa profesión!

La figura espléndida del servidor es el pastor, el buen pastor. Comentaba S. Gregorio Magno que hay muchos sacerdotes y pocos pastores. “Mirad como el mundo está lleno de sacerdotes, y sin embargo, es muy difícil encontrar un trabajador para la mies del Señor” (S. Gregorio Magno, Homilía 17, sábado XXVII).

Decía S. Pablo que la gente nos vea servidores de Cristo y servidores del pueblo. Servidores que conocen, por supuesto, el cansancio. Servidores que, al llegar la noche, duermen tranquilos, porque a la simiente el Dueño le da fuerza (cfr Mc 4, 26-29), porque, después de hacer todo lo que está de nuestra parte, decimos que sólo somos siervos (Lc 17,10).

Amanece el día y el buen sacerdote dice : “En el Nombre del Señor”, y termina la jornada el sacerdote diciendo: “Hoy te he servido, Señor”.

5.- Por último, si somos sacerdotes por la gracia de Dios, al comienzo de todo, es decir en la llamada y elección, en la misión y también en la confianza que supone confiarnos su rebaño, hay en ello una actitud de *amistad*, por parte de Jesús.

Y lo expresó con toda claridad el mismo Señor, de forma insistente y reiterada. “Os llamo amigos”. Como a amigos os he abierto el corazón y nada os he ocultado (Jn 15, 13-15). Nunca podríamos esperar esa expresión de labios de Jesús. Y se completa con frases como “no os dejo solos y huérfanos” “estoy con vosotros”. Y cuando confía a Pedro el pastoreo lo que le pide es amistad. “¿Me amas?”. Este es el escrutinio de Jesús a cada uno de nosotros en el día de la ordenación y cada mañana.

El clima en el que vive un sacerdote es la amistad de Jesús, y la amistad con Jesús. Nacimos de la amistad. La gracia tiene también el nombre de amistad.

Ahora bien, la amistad se cultiva. Al amigo se le da tiempo. Con el amigo se conversa, se le escucha, se le busca, al amigo se le agrada, se piensa en él.

Todo esto tiene expresiones concretas e irrenunciables. Es la oración serena y seria. Para nosotros no es hobby. Es una honda necesidad de amistad. Necesito, como el aire, escuchar el amigo. Oración sin prisas. Oración diaria. Orar siempre sin cansarse (Lc 18,1). No nos lo decimos, pero, si hay amistad habrá oración.

La amistad de Cristo con nosotros tiene dos manifestaciones de profundidad teológica. Primera es como “cedernos su persona”, no sé si es exacta la traducción: “*In persona Christi*”. ¿Se pueden pronunciar deprisa las palabras de la consagración o el “*Yo te perdono*”? “Cristo bautiza”, decía S. Agustín.

Y otro gesto de amistad es confiarnos su Iglesia, su rebaño, que Él se ganó con su sangre, a bien alto precio (cfr Hch 20, 28).

Esta amistad se agradece y cultiva. Y explica la alegría de muchos sacerdotes y el empuje y coraje de su vida, que se juega a diario (cfr Lc 17, 23). Hace posible la fidelidad hasta el sufrimiento.

La amistad se expresa con gestos *extraordinarios*, y se expresa también y muchas veces en el *detalle del recuerdo* frecuente, del altar limpio, del sagrario atendido y visitado, de la genuflexión bien hecha, de la lectura de su Palabra con atención.

Como gesto de amistad con Cristo y como forma extraordinaria de agradecer la vocación y el ministerio proponer nosotros la llamada, con sencillez y convencimiento, y buscar decididamente condiciones para que den la respuesta positiva y generosa niños y jóvenes de hoy. Es preocupante nuestro silencio, o nuestra falta de propuesta clara. De lo que es bueno para mí, porque lo llevo en el corazón, de eso hablo con entusiasmo (cfr Mt 12,34).

Y otro gesto de la amistad de Jesús es la amistad con el *compañero*. Del pastor se dice que ha de ser amigo de los laicos, y ellos son buenos amigos, y ellos son buenos amigos, y debe ser amigo de los pobres y de los inmigrantes, y amigo de los niños y de las familias.

Pero el amigo más entrañable del sacerdote es el compañero sacerdote, porque ha nacido con él una relación esencial con la ordenación. No es adversario, ni contrincante, ni opositor el sacerdote. Es amigo. También esta amistad hay que cultivarla con franqueza y lealtad.

Se expresa en la visita, si vive en el Arciprestazgo, en formar equipo de vida, en la preocupación respetuosa, en hablar bien, en la corrección fraterna, en el apoyo incondicional. Que el mandamiento del amor fraterno empezaba por amarse los que lo escuchaban, y eran los Apóstoles. Jamás herirán mis sentimientos a un compañero, ni permitiré delante una palabra que manche. Porque es mandamiento de Jesús el querernos. Se vive en el presbiterio fraterno, valorado y querido.

Porque existe la amistad es posible la fidelidad, de que antes hablé. Y es posible también la alegría. Y de la alegría igualmente habló el Señor (cfr Jn 16,21-22; 15,11; 20,20) Hch 2,46). Y hay una experiencia repetida y vivida por muchos. La alegría agradecida de ser sacerdote, por ser sacerdote. ¡Qué penoso es vivir sin esta alegría honda! Y qué contagiosa y necesaria esta alegría, da seguridad a la comunidad y la atrae. Es signo de una vida leal con el Señor. Es una enorme y viva pancarta vocacional y un reclamo convincente.

3.- Conclusión

¿Ha sido dura mi reflexión? ¿Os produce angustia?

No tengo ningún derecho a exigiros. He querido que abundara la voz del Señor y de su Espíritu. “Revive lo que eres. Atiza el ascua viva, que hay en ti” (1Tim 4,14; 2Tim 1,6). Iba a decir, entendedlo, que es “peligroso” detenerse en Belén, entrar en la cueva de los pastores y quedarse mirando, contemplando.

Un gran sacerdote, Antonio Chevrier, el Bto. Antonio Chevrier, se detuvo en Belén y su vida se dirigió con fuerza hacia los pobres y hacia los sacerdotes. La Encarnación y Belén nos descarnan, nos desenmascaran, nos llenan de verdad, de libertad y de amor. Y nos dicen que es posible.

Empecé diciendo que hemos vivido una temporada dura. En los dos acontecimientos, que vivimos en el Año Jubilar, he querido encontrar la salida. Es una seria llamada a ser hombres y es una seria exigencia a vivir la gracia y la amistad. Porque el Adviento da solidez a la esperanza. No es espejismo. Es realidad. Porque, de verdad, el Señor se encarnó, se hizo hombre, nació de Santa María Virgen y fue por obra del Espíritu Santo. Buen Adviento. Con Santa María.

Hicimos Asamblea. He querido revivirla. Buen Adviento. No es otoño. Es primavera.